

JOSEPH RATZINGER

**EL DIOS
DE LOS CRISTIANOS**

Meditaciones

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2005

*A mis hermanos sacerdotes
en recuerdo de los veinticinco años
de nuestra ordenación*

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Huerga sobre el original alemán
Der Gott Jesu Christi. Betrachtungen über die dreieinigen Gott

© Kösel-Verlag GmbH & Co., 1976

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2005

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1572-2

Depósito legal: S.

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2005

CONTENIDO

<i>Presentación</i>	9
---------------------------	---

I

DIOS

1. Dios tiene nombre	13
2. Dios es trinitariamente uno	25
3. El Dios creador	37
4. La cuestión de Job	49

II

JESUCRISTO

1. <i>Descendit de caelis</i> - Bajó del cielo	59
2. ...y se hizo hombre	69
3. De la misma sustancia que el Padre	86
4. Resucitó según las Escrituras	94

III

EL ESPÍRITU SANTO

PRESENTACIÓN

Estas meditaciones sobre Dios uno y trino y sobre la encarnación de Dios en Cristo tienden un puente entre la teología y la predicación, entre la teología y la espiritualidad, las cuales hoy más que nunca se remiten la una a la otra, aunque siempre están expuestas a vivirse por separado.

Las primeras meditaciones intentan trasladar la fe en Dios uno y trino de una afirmación teórica a una comprensión espiritual que afecta al hombre en su vida personal. El segundo conjunto de meditaciones explora la fórmula «Bajó del cielo» y encierra la afirmación «Se hizo hombre» partiendo del contenido concreto de la humanidad de Jesús. Concluye la parte cristológica una meditación sobre la resurrección del Señor. Por último, otra meditación estudia el tema del Espíritu santo frente a las nuevas experiencias pneumatológicas de los movimientos carismáticos y de las esperanzas anejas a la filosofía de la historia.

Procedencia de los textos

Cuando a comienzos de 1973 me tocó predicar la cuaresma en la iglesia de San Emmermam, de Ratisbona, ello suponía para mí una oportunidad de some-

ter a prueba, en la praxis, algunos de los principios que acababa de desarrollar en el volumen *Palabra en la Iglesia* (Salamanca 1976). Los capítulos primero y tercero de este librito son la versión reelaborada de aquellas meditaciones; se basan, por su parte, en tesis esbozadas ya antes por mí en la mencionada obra, bajo el epígrafe «Cómo predicar hoy sobre Dios». El segundo capítulo proviene de unas consideraciones acerca del adviento que pronuncié en Friburgo, en diciembre de 1972; ahí quedan también comprendidas la meditación con motivo del aniversario de Nicea, celebrado en Ratisbona en 1975, y una conferencia de pascua pronunciada en Radio Baviera. En diferente orden, empleé los textos aquí presentados en tandas de ejercicios en Bad Imnau, Colonia (Seminario diocesano) y en Maria Laach; así llegaron a fundirse en la unidad con que aquí aparecen. Espero que, pese a algunas deficiencias debidas al modo como se originaron, contribuyan a tender un puente entre teología y espiritualidad, y puedan servir así para la apropiación personal de lo que se expresa en la fe de la Iglesia.

1. DIOS TIENE NOMBRE

Todos recordamos aún la observación que hizo Yuri Gagarin al regreso de su vuelo espacial, el primero de la historia humana: no había visto a Dios por ningún lado. Mas ya entonces sabía el ateo juicioso que ése no era un argumento contundente contra la existencia de Dios. Pues, aun sin Gagarin, se sabía que a Dios no se le puede tocar con las manos ni ver por los telescopios, que no mora en la Luna, en Saturno ni en ningún otro planeta ni estrella fija; eso prescindiendo de que aquel vuelo espacial, por muy gran hazaña que representase para el hombre, apenas suponía alejarse dos o tres pasos más allá de la puerta de casa, dadas las dimensiones del universo, y alcanzaba a ver mucho menos de lo que ya se sabía sobre el cosmos a través de la observación y el cálculo.

Esa angustiada sensación de ausencia de Dios, que hoy nos caracteriza a todos, está formulada con mucha mayor profundidad en una antiquísima leyenda judía. Dice así: el profeta Jeremías y su hijo consiguieron hacer un día un hombre vivo mediante una correcta combinación de vocablos y letras. El hombre

formado por el hombre, el *gólem*, llevaba escritas en la frente las letras con las que se había descifrado el secreto de la creación: «Yahvé es la verdad». El *gólem* se arrancó una de aquellas letras que en hebreo componen esa frase, y entonces la inscripción pasó a decir: «Dios está muerto». Horrorizados, el profeta y su hijo preguntaron al *gólem* por qué razón había hecho eso, a lo que el nuevo hombre respondió: «Si vosotros podéis hacer al hombre, Dios está muerto. Mi vida es la muerte de Dios. Si el hombre tiene todo el poder, Dios no tiene ninguno»¹.

En esta vieja leyenda judía, ideada en la Edad Media cristiana, resalta, como una pesadilla, la angustia del hombre en la era tecnológica. El hombre tiene todo el poder sobre el mundo. Ve lo funcional de éste y conoce las leyes que determinan su marcha. Su ciencia es poder: puede desmontar por sí mismo el mundo y volverlo a montar; le resulta un ensamblaje de funciones que él emplea y cuyos servicios fuerza. En

1. Cf. W. Kern, *Tod Gottes und technisches Zeitalter. Umfeld und Vorgeschichte des humanistischen Atheismus: Stimmen der Zeit* 190 (1972) 219-229. Se encontrará ahí la sucesión histórica y reproducción prolija de la leyenda, recogida por un escrito pseudoepigráfico del Languedoc que se remonta a los comienzos del siglo XIII y se atribuye al maestro misnaico Judá ben Bathyra. Kern demuestra que el punto de ateísmo que aquí aparece es único en la tradición polémica medieval cuando, de otro lado, el poder de recrear pasa precisamente por ser una demostración de la grandeza de Dios. Cf. asimismo G. Scholem, *Zur Kabbala und ihrer Symbolik*, Zürich 1960, 234s y 209-259; H. Thielicke, *Der evangelische Glaube* I, Tübingen 1968, 328-331. En cuanto a la irrupción de la cuestión del ateísmo en las tradiciones religiosas, creo que hay otro ejemplo muy digno de consideración en el pequeño devocionario de la duquesa Dorotea de Prusia (1531), don-

un mundo conocido tan al dedillo, no hay lugar para ninguna intervención de Dios. Sólo en el hombre hay remedio para el hombre, pues sólo en el hombre está el poder sobre el mundo. En cambio, un Dios sin poder no es Dios. No hay ya Dios alguno allí donde el poder está sólo en el hombre. Con tales reflexiones se esclarece también algo fundamental sobre la cuestión del conocimiento humano de Dios: se demuestra que, en último término, el conocimiento de Dios no es una cuestión de pura teoría, sino que es, en primer lugar, una cuestión de praxis vital; depende de la relación que establezca el hombre entre él mismo y el mundo, entre él mismo y su propia vida. A todo esto, el problema del poder no es más que una faceta, a la que han precedido ya decisiones más hondas en relación con el propio yo, con el tú y el nosotros, en la experiencia de sentirse uno amado o repudiado. De las experiencias y decisiones básicas en esta reciprocidad del yo, del tú y del nosotros depende que el hombre perciba la coexistencia y preexistencia del totalmente Otro como rivalidad, como un peligro, o bien como el fundamento de la confianza. Y de esto depende, a su

de los versículos 7-8 del Salmo 6, «Estoy agotado a fuerza de gemir, baño en llanto mi lecho cada noche, inundo de lágrimas mi cama; mis ojos se consumen de pena, envejecen de tantas angustias», aparecen variados en esta forma: «Mucho más quisiera yo que no existieses, que tener tú que atormentarme así por más tiempo (Ich wolt schir liber du werest nit, dann das ich solt lenger also von dir geplagt sein)»; el sufrimiento impuesto por Dios se convierte en razón para desear la inexistencia de Dios. Texto en I. Gundermann, *Untersuchungen zum Gebetbüchlein der Herzogin Dorothea von Preussen*, Köln-Opladen 1966, grabado II, hoja 39v del devocionario.

vez, que a la larga opte por atacar a ese testigo o por el contrario llegue a darle, reverente y agradecido, su asentimiento.

Como este pensamiento nos lleva al punto inicial propiamente dicho de la cuestión de Dios, muy anterior a la disputa sobre las pruebas de su existencia, quisiera esclarecerlo un poco más a partir de la historia de las religiones. En la historia religiosa de la humanidad, que coincide con la historia de su espíritu e impregna las grandes culturas, Dios aparece por doquier como el ser cuyos ojos miran en todas direcciones, como la visión sin más². Esta arcaica representación queda estampada en la figura del ojo de Dios que nos es familiar por el arte cristiano: Dios es ojo, Dios es mirada. Detrás de eso se encuentra, de nuevo, una sensación primordial del hombre: éste se sabe conocido. Sabe que no hay postrer ocultamiento; que en todas partes, sin cobijo ni evasión, su vida está, hasta el fondo, patente a una mirada; sabe que, para él, vivir es ser visto. Lo que formuló como plegaria uno de los salmos más hermosos del Antiguo Testamento articula una convicción que ha acompañado al hombre a través de toda su historia:

Señor, tú me examinas y me conoces,
sabes cuando me siento o me levanto,
desde lejos penetras mis pensamientos.
Tú adviertes si camino o si descanso,

2. Abundante material histórico-religioso sobre esto en R. Petazzoni, *Der allwissende Gott*, Frankfurt a.M. 1957. Para la problemática de la cuestión, E. Biser, *Atheismus und Theologie*, en J. Ratzinger (ed.), *Die Frage nach Gott*, Freiburg i.B. 1972, 89-115.

todas mis sendas te son conocidas.
No está aún la palabra en mi lengua,
y tú, Señor, ya la conoces.
Me envuelves por detrás y por delante,
y tus manos me protegen.
Es un misterio de saber que me supera,
una altura que no puedo alcanzar.
¿Adónde podré ir lejos de tu espíritu,
adónde escaparé de tu presencia?
Si subo hasta los cielos, allí estás tú,
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.
Si vuelo sobre las alas de la aurora,
y me instalo en el confín del mar,
también allí me alcanzará tu mano,
y me agarrará tu derecha.
Aunque diga: «Que la tiniebla me encubra,
y la luz se haga noche en torno a mí»,
no es oscura la tiniebla para ti,
pues ante ti la noche brilla como el día...
(Sal 139, 1-12)³.

Como hemos dicho, el hombre puede comprender ese ser visto de las formas más diversas. Puede sentirse al descubierto, y eso le turba. Puede ventear peligros y verse constreñido en su ámbito vital. Y así, esa sensación puede llegar a convertirse en exasperación, agudizarse hasta ser lucha apasionada contra el testigo, al que llega a ver como envidioso de la propia libertad, del propio deseo y acción ilimitados. Pero también puede ocurrir exactamente lo contrario: el hombre, orientado hacia el amor, puede hallar en es-

3. El texto castellano de las citas bíblicas se toma de *La Biblia* de La casa de la Biblia, Madrid 62005 (N. del ed.).